

CONCEPCION, 30 de Noviembre de 1948

Señor

Héctor Sepúlveda Villanueva

SANTIAGO.-

Estimado señor,

he tenido el agrado de recibir hace un poco de tiempo su libro "La Revolución que Chile Espera", que se ha servido enviarme y que he leído con sumo interés.

Debo decirle francamente que no comparto muchas de sus ideas ni de sus apreciaciones, tanto en los puntos de vista generales como en algunos juicios de carácter personal. Pero esto no es óbice para el valor de su libro. Al respecto creo que no estará demás decirle desde luego que no he pertenecido nunca ni pertenezco a ninguna logia y que no he mezclado jamás en mi carrera las ambiciones políticas. Mi independencia para opinar es, pues, en esta materia perfecta en cuanto pueden serlo las cosas humanas. Ella no tiene mas limitaciones que las resultantes de la vida misma que se ha vivido. No se repite tan facilmente aquello de "quemar lo que has adorado y adora lo que has quemado".

Nadie dejará de pedir, como pide Ud. citando palabras de Portales, "un gobierno fuerte, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo." Pero que sea todavía "centralizador,"

como dice aún Portales ya es desde luego discutible.

Pero su libro, que tiene todo el ardor de un manifiesto político, va mas léjos y ataca a fondo nuestro régimen democrático. Nadie va a negar tampoco que el sistema democrático tiene defectos y muchos. Pero con todos sus defectos es lo mejor que han inventado hasta ahora los hombres en cuanto a forma de gobierno político y social, a pesar de los encarnizados impugnadores que ha tenido desde Aristófanes hasta nuestros días. Los emperadores Antoninos han dejado el recuerdo de que bajo su gobierno la humanidad vivió uno de los tiempos mas felices de su historia. Eran monarcas absolutos cuyo absolutismo estaba templado por la sabiduría. Podrá soñarse con gobernantes de esta clase y no sería raro que algunos hayan creído serlo en nuestros días. Pero un autócrata, aunque sea un Antonino, no es posible ni deseable en nuestro país. Le falta entre nosotros la garantía de lo institucional, tiene carácter de transitoriedad, no se sabe a donde irá a parar ni quien vendrá después de él. Y siempre, siempre, la personalidad humana queda menoscabada.

No hay mas que trabajar por la perfección de nuestra democracia, modificando los detalles de sus instituciones en cuanto sea aconsejable y tratando de mejorar a los ciudadanos mismos por medio de la educación.

Refiriéndonos a las calidades de Norte-América y de

Sud-América creo que Rodó se equivocó al caracterizar a aquella como la tierra de Calibán y a esta como la de Ariel. Por un lado la vida espiritual de los Estados Unidos es intensa y riquísima y desgraciadamente, por el otro, no faltan entre nosotros manifestaciones de Calibán. Los conceptos de Rodó son de esos que se prestan a la exaltación y que el viento de la leyenda toma y esparce sin mayor examen.

A propósito de este tema y del del imperialismo he dicho en mi libro "Páginas de un Diario" lo siguiente:

"Hay que superar la idea de una oposición entre las culturas norteamericana e iberoamericana. Lo que existe entre ellas no es oposición sino diferencia y deben completarse una por otra. Si tal vez los norteamericanos puedan tener algo que aprender de nosotros en algún orden estético y espiritual, nosotros tenemos mucho que tomar de ellos en diversos aspectos de la vida espiritual también y sobre todo de su superioridad técnica. Esta es bastante grande y, unida a los fabulosos recursos financieros de que disponen, resulta de proporciones desconcertantes.

Existe en este orden de cosas una situación de indudable desventaja para nosotros. ¿Pero donde está la verdadera razón del mal? ¿En un supuesto imperialismo o en nuestras propias, llamémoslas transitorias, incapacidades y deficiencias? Deploro con toda mi alma, como el mas exaltado anti-imperialista, el mal que consideramos, y siento que debemos cuidar del mantenimiento de nuestra autonomía nacional en todas sus formas, desde la santidad del suelo hasta la pureza del idioma como de los más preciados bienes de que gozamos en la tierra; pero estimo a la vez que muy poco avanzaremos con seguir a los que hablan de un imperialismo norteamericano, lo impugnan y declaman contra él. Estos apartan la vista del verdadero problema y concentran la atención en lo que se presta mas a indignaciones verbales y a actitudes apasionadas. Manera doblemente inconveniente porque desconoce la verdad y aleja de la solución que se desea.

Imperialismo es la dominación que ejerce un Estado sobre otro u otros por medio de la fuerza. Sin este requisito puede haber

hegemonía industrial y comercial, pero no habiendo empleo de la violencia no cabe hablar de imperialismo.

Sin duda estar sometido a una hegemonía de cualquiera clase que sea no es agradable, y suele ser muy doloroso; mas, para salir de ella lo único procedente es indagar en primer lugar sus verdaderas causas. Como he anotado en líneas anteriores, el origen de las desventajas que con razón no desazonan se halla en que somos civilizados para consumir y no para producir. Dadas estas condiciones si suponemos que pudiéramos sacudir lo que llamamos el imperialismo de un pueblo determinado, caeríamos necesaria e inmediatamente en el imperialismo de otro mientras no seamos capaces de producir nosotros mismos lo principal que se requiere en el grado de civilización en que vivimos y mientras no podamos explotar con nuestros propios técnicos y con nuestros propios recursos financieros las riquezas naturales que guarda el suelo nacional. Ese llamado imperialismo no es mas que el predominio comercial o industrial que resulta de la superioridad extranjera en los dos órdenes indicados. Para sobreponernos de verdad a él, sin perjuicio de velar celosamente por nuestra soberanía, nuestros imperativos no pueden ser otros que mejorar nuestra preparación técnica e incrementar nuestra capacidad financiera. Dictados aplicables en mayor o menor escala a toda la América Española."

No crea que le transcribo estas líneas para acentuar mi defensa de los Estados Unidos. No; es para acentuar la actitud eficaz, la única eficaz que creo debemos adoptar. Me duele como chileno y como hispano-americano que no insistamos en lo que sobre todo nos librará de los imperialismos: nuestro esfuerzo tenaz, nuestro trabajo honrado.

Pero cualesquiera que sean las discrepancias de opiniones que me haya sugerido su libro no puedo dejar de decirle que queda en pie su mérito como obra escrita con valor, con bastante información y cuyas páginas revelan en su autor un ardiente patriotis-

mo.

Tengo el agrado de suscribirme como su afectísimo y obsecuente servidor.

P.D. - Olvidábame de agradecerle los favorables conceptos con que se refiere a mí en su obra y de decirle que por el mismo correo que va la presente me es grato enviarle mi último libro "Confesión Filosófica y Llamado de Superación a la América Hispana."